E. BARRIOBERO Y HERRAN

Juerga y doctrina

ZARZUELA

en un acto y cuatro cuadros, original

MÚSICA DE

TEODORO SAN JOSÉ



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

JUERGA Y DOCTRINA

JUERGA Y DOCTRINA

ZARZUELA

en un acto y cuatro cuadros

ORIGINAL DE

E. BARRIOBERO Y HERRAN

MÚSICA DE

TEODORO SAN JOSÉ

Estrenada con gran éxito en el TEATRO BARBIERI de Madrid, el 2 de Julio de 1908



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1908

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA SEÑÁ NAZARIA..............	SRA.	BELDA.
RICARDO........................	SRTA.	ALBERTOS.
PEPITA...........................	SRA.	BONORA.
ISABEL..........................		LÓPEZ.
VICTORIA........................	SRTA.	CARLIER.
PACA..............................		N. N.
EL ALCUZO.......................	SR.	ENCISO.
EL SÉNECA......................		GARCI-NUÑO.
DON SALUSTIANO..............		RUIZ.
EL PADRE RECTOR.............		LACAU.
UN FRAILE......................		RANZ.
EL CHICO DE LA TABERNA.....		GALLUES.

Tocadores de guitarra, peinadoras, alumnos de Santa Rita y juerguistas

---

La acción en Madrid.—Época actual



ACTO UNICO



CUADRO PRIMERO

Salón de peinar señoras. Balcón en el foro. Entrada por el lateral izquierdo. Varios tocadores con instrumentos y detalles del oficio, en los que trabaja el Coro cuando se alza el telón.

ESCENA PRIMERA

PEPITA, NAZARIA, CORO DE SEÑORAS

Música

Se peinan señoras,
se enseña á peinar,
se tiñen las canas
con habilidad,
y si la parroquia
nos quiere encargar
ciertos secretillos
puede confiar
en que el arte dominamos
de traer y de llevar.



Vino ayer una ochentona
que quería un bisoñé,
rizadito, muy brillante,
sin abuelos, con tupé,

del color del oro viejo
que está en moda, ¿sabe usté?
La servimos en seguida
y á la calle fué después
tan gallarda y pizpireta
que no había más que ver...
Hoy me ha dicho que se casa.
¡Todo por el bisoñé!

—

Hoy todas quieren
tener buen pelo
porque la moda
lo impone así.
Vengan las calvas
y las pelonas,
desconocidas
saldrán de aquí.

—

Se pienan señoras, etc.

—

No hay en Francia ni en la China
ni en Italia ni en Berlín
quien adorne una cabeza
con primor, con gracia y *chic*
como aquí en Madrid. (Mutis el Coro.)

ESCENA II

NAZARIA y PEPITA

Hablado

NAZ. (Poniéndose un mantón y tomando una cesta.) Bueno: seis riales de crepé, dos bastidores y unas tenacillas de encañonear.

PEP. Encañonar, madre.

NAZ. ¿Me se olvida algo?

PEP. Sí, una botella de rom quina.

NAZ. Lo iré diciendo contra mí pa que no me se olvide.

PEP. Y con tanto irlo diciendo se equivoca usted y me trae en lugar de rom quina, rom escarchao, como el otro día.

NAZ Pa escarchao tu novio. ¡Como que m'acordé d'el cuando estaba haciendo la compra! T'advierto que si güelvo y sé que ha estao aquí, á él y á tí sus acogoto.

PEP. ¡Ay, madre! ¡Qué pelma es usté!

NAZ Vusotros sí que sois pelmas; tu padre, que fué mi primer novio, no se alcordó de mí hasta que tenia treinta años.

PEP. ¿Y qué culpa tengo yo de que Ricardito no tenga más que veinte?

NAZ Pues ya lo sabes... el primer día que lo encuentre aquí, lo guiso con patatas... Conque... dos bastidores, unas tenacillas de encañonear, seis reales de crepé... (Mutis.)

ESCENA III

PEPITA, sola, junto al balcón del foro

Y Ricardito en la esquina esperando que salga mi madre para entrar; pero no le abro; no quiero compromisos. (Llaman á la puerta.) No le abro. (Llaman de nuevo.) ¡Pobrecillo! Sí, sí... le abro y sea lo que Dios quiera. (Abre.)

ESCENA IV

PEPITA y RICARDO

RIC. ¡Pepita!

PEP. ¡Ricardo! Vete, mi madre va á venir en seguida.

RIC. Aquí la espero.

PEP. Vete.

RIC. ¿Que me vaya? Que me vaya sin decirte que te quiero mucho, que por un beso, por un solo beso de tus labios chiquitos, redondos, encarnados y dulces como la felicidad misma, era yo capaz de ir hasta Londres,

en tercera, con diez y seis señoras del calibre de tu mamá; que me vaya sin mirarme en el espejo de tus ojazos verdes, sin asomarme por ellos al fondo de tu alma y leer allí cuanto me quieres, porque... me quieres mucho, mucho, ¿verdad, Pepita?

PEP. ¡Ay, por Dios, Ricardo!

RIC. Dime que me quieres,
aunque no me quieras.
Déjame que bese
tu boquita fresca,
que en tus ojos verdes
mi retrato vea;
que ciña tu talle,
que el deleite beba
en tus labios rojos,
déjame que muera
mientras tú me abrazas,
mientras tú me besas.
Deja que ese mundo
que á tus plantas rueda
presente sus sombras
abruptas y negras;
deja que el torrente,
sin cauces ni presas,
de la rauda vida,
cataratas negras
forme con su espuma,
movible é inquieta,
que en montes de sangre
por doquier se eleva;
deja que el sol claro,
ó la noche ciega,
den á luz el crimen;
vida mía.. besa
mis labios de fuego,
rompe mis cadenas,
dime que me quieres,
aunque no me quieras.
Deja que las nubes,
en cópula horrenda,
en lo alto engendren
la horrible tormenta;
y al sol que acaricia,

y al rayo que ciega,
y al arte que embriaga,
y al vino que alegra...
Cíñeme tus brazos,
en mis labios besa,
mírate en mis ojos,
con mi aliento, alienta...
¡Dime que me quieres,
aunque no me quieras!

PEP. Y ¿cómo no he de quererte, Ricardito de mi vida? Ahora... que no lo sé decir tan bien como tú... y por eso no lo digo.

RIC. No importa. ¡Tus ojos hablan mucho mejor que mis labios!

PEP. ¡Ay, por Dios, Ricardo! Vete, que mi madre nos va á dar un disgusto. Cuando venga Isabel á buscarme, iremos á donde siempre.

RIC. Muy bien. En la taberna del señor Manuel el Considerao os espero. Adiós, rica.

PEP. Adiós, hasta luego. (Mutis Ricardo.)

ESCENA V

PEPITA, sola

Música

Estudiante de mi vida,
cuando te vas de mi lado
va contigo el alma mía.

—

Como al sol crecen las flores,
á la luz de tus pupilas
van creciendo mis amores.

—

No sé,
en faltándome tú, qué haré.
Sin tí,
¡qué terrible será vivir!

Amor,
á la vez, alegría y dolor.
Pasión,
que atormentas, mi corazón.

—

Cuando te miro,
siento en mis venas correr,
ardiente lava,
que me mata de placer.

—

Tu amor, vivo y fogoso,
de pronto me envolvió,
y hoy me ahogan los lazos,
de tan dulce pasión.

—

No me olvides, Ricardo,
constante piensa en mí,
que aquí un tesoro guardo,
entero para tí.

—

Y cuando lleguemos,
al pié del altar,
toda mi ternura,
se ha de desbordar.

ESCENA VI

PEPITA y NAZARIA

Hablado

NAZ. (Entrando con la cesta.) ¡Ay, hija! Con el aquél de que se van cevilizando los dependientes, ya no pué una dir de tiendas.

PEP. ¿Qué le ha pasao, madre?

NAZ. Na; que han sacao la costumbre de echanos piropos á las presonas formales y lo hacen con una finura que no te pués resentir.

PEP. Y ¿qué le han dicho? ¿Se puede saber?

NAZ. Belarmino, el de la droguería, que es un muchacho mu bien educao y se deja el pelo largo como los poetas, me ha dicho echándose pa arriba las guías del bigote: ¡Ay, señá Nazaria! ¡Si no fuera porque va usted estando un poco *purí!*... ¿Le pués pedir más al muchacho? Y dime, ¿qué quié decir eso de *purí?*

PEP. Vieja.

NAZ. ¡Vieja! ¡Vieja! ¡Y yo que miraba pa otro lao mientras á la criada del notario le estaba metiendo los dedos... en el peso!... Ahora mismo voy y le hago coger una borrachera de Rom Quina .. (Llaman á la puerta.) Abre, Pepita.

ESCENA VII

DICHAS, ISABEL, VICTORIA, PACA y CORO

ISABEL Buenas, señá Nazaria.

NAZ. Hola, hijas, buenas tardes.

VIC. ¿Todavía estás así, Pepita? (Esta comienza á ponerse el mantón y flores en la cabeza junto á uno de los tocadores.)

PEP. Yo pronto me avío.

NAZ. Y ¿cuándo sus voy á quitar ya esa costumbre de dir por ahí corriendo calles y espantando gomosos?

PACA Quedrá usted guardarnos en la cómoda doblaítas y con unas bolas de alcanfor.

ISABEL O mandarnos á la novena.

VIC Conque es usted á sus años y entoavía le gusta.

NAZ. ¡A mis años! ¡Cualquiera diría! Lo que sus quió preguntar con estas es que ande vais.

ISABEL ¿Qué á dónde vamos? Pues, escuche usted.

Música

TODAS
Con juvenil ardor
nos vamos desde aquí
á saturar de luz
las calles de Madrid.

Asómese al balcón
si quiere usté observar
el rastro de alegría
que dejo yo al pasar.

—

Hoy un Matusalem
me dijo con pasión:
«Tan tiernas como usted
me las manda el doctor»,
y yo le contesté:
«No sea usté pillín,
mire que la mojama
no se hace para mí.»

—

Cuando hay
kermeses ó verbenas
en que el pueblo olvida
desdichas y penas,
allí aparecemos
evocando amores
y somos las flores
de la juventud.
Si es polka ó es *chotis*
mazurca ó cake-wal
no hay quien llegue hasta el fin
sin perder el compás.
Si el hombre baila bien
y quiero yo enredar,
las de Caín
le hago pasar.

—

Conviene á la mujer
saber siempre ostentar
por calles y por plazas
gallarda majestad;
saber andar así
con ritmo embriagador,
pues nada hay en el mundo
tan seductor.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Interior de la taberna del señor Manuel el Considerao

ESCENA VIII

El ALCUZO con una guitarra en la mano y CORO

ALC. Yo tengo visto y probao
que cuando más quiere un hombre
es cuando ya está borracho.
¡Ay, tabernerito,
sácate una ronda
que m'ha jecho un ñúo
la júrtima copla!

CORO ¡Ay, tabernerito, etc.

ESCENA IX

DICHOS y SÉNECA

SÉN. Salud, señores.

ALC. Que tu guapeza y los güenos años entren muchas veces en esta santa casa.

SÉN. Gracias. ¿Ha venido?

ALC. Entavía no; pero vendrá. Yegas á la mejor hora pa cantarte alguna cosa güena.

TODOS ¡Eso! ¡Eso! ¡Qué cante!

SÉN. Venga de ahí.
En el mundo no hay quien pase
las fatigas que yo paso;
¡y pensar que la he tenido
al alcance de la mano!

ALC. Camará, qué labia;
camará, qué pico...
si yo fuá Gobierno
t'hacía menistro.

CORO Camará, qué labia, etc.

SÉN. El cariño es como el agua
que va corriendo hacia el mar;
si dejas que tome fuerza
no lo pues volver atrás.
ALC. Camará, qué labia, etc.
CORO Camará, qué labia, etc.
ALC. Pero no me gusta
tanto sentimiento;
descansa una miaja
y escucha este tiento:
¡Cristo de Calatorao!
¡Ay, qué envidia m'estás dando
porque estás siempre alumbrao!
¡Qué güeno es el vino
aunque sea malo!
Por lo que más quieras
sácate otro vaso.
CORO Qué güeno es el vino, etc.

ESCENA X

DICHOS, PEPITA, RICARDO, ISABEL, VICTORIA y PACA

LOS CINCO Siga la broma,
venga de ahí,
que no queremos
interrumpir.
Siga la juerga.
¡Viva el amor!
¡Venga una ronda
de lo mejor!
ALC. Quien pidiendo rondas
entra en esta casa
merece que todos
le presenten armas.
TODOS (Alzando los vasos y chocándolos cuando indica el cantable.)
Es el placer más grande
que hay en la tierra
tener ante los ojos
la copa llena,
y después de unos choques
á la francesa,

beber ahogando en vino
todas las penas.
¡Viva Ricardo,
que este rincón del cielo
nos ha enseñado!

Hablado

ALC. Ahora, señorito Ricardo, después de haber cambiao nuestros saludos como Dios manda, le voy á decir á usté una cosa.

RIC. Si no es muy larga...

ALC. El hombre se diferiencia de los animales, con perdón, comparando y no igualando, en que bebe vino, y yo entoavía soy un hombre.

RIC. ¡Vino, venga vino! (Lo sirve el tabernero.)

PEP. (A Séneca.) ¡Moscón! Haga usted el favor de marcharse ahora mismo.

RIC. ¿Se puede saber á quién busca usted aquí?

SÉN. ¿Que á quién busco? Pues me busco á mí mismo, que estoy perdido por esta mujer, y cuando un hombre va perdido hay que dejarle paso.

RIC. No siga usted. Esta mujer me quiere á mí.

SÉN. ¡Quiá! Cuando se tienen pocos años gusta llevar un señorito al lao para decirle al mundo: «Mira, mira lo que valen unos buenos ojos: yo he nacido entre arpilleras y este que viene conmigo entre holandas y encajes; lo he hecho caer desde lo alto de sus torres hasta mis plantas.» ¿Verdad, Pepita? Pero cuando la mujer tiene dentro de la cabeza algo que no es serrín ni peladuras de patata, reflexiona y se dice, «cada oveja con su pareja», á mí me pertenece un obrero ó un industrial modesto.

ALC. U un albañil de conduta.

SÉN. O alguien que no pueda pensar que soy su criada, sino su compañera, y tú has reflexionao, ¿verdad, Pepita?

ALC. ¡Vaya un pico!

RIC. Basta.

SÉN. Déjeme usté hablar, que no vengo de malas.

Primero á cambiar nuestras razones. Después... á lo que usté quiera. Yo soy industrial; tengo un puesto de libros viejos; las personas, pongo por caso, no somos más que libros. Hay quien tiene el afan de comprarlos aunque no los lea; usté, por ejemplo, quiere ahora llevarse éste que es precioso, encuadernado en piel de la más fina, con cantoneras de oro y broches de perlas y rubíes; después que los amigos lo hayan admirao en su poder, lo venderá usté sin cortarle las páginas.

RIC. Pero como usted no ignora, señor librero, hay libros tan hermosos, tan simpáticos, tan agradables que, estén encuadernados como estén, los toma uno cariño, y por nada en el mundo los abandona; así es éste, y como está en mi biblioteca y en sus páginas encuentro los mayores entusiasmos, es mío, muy mío y no consiento que nadie me lo dispute.

SÉN. No nos entendemos. Yo tengo derecho á esta mujer.

RIC. Tal vez algún día tuvo inclinación por usted, pero el tiempo y yo hemos destruído esos recuerdos.

ALC. Basta, basta; ya es hora de que yo entrevenga, y no lo hago por vusotros, aunque sus quiero como si sus hubiá dao á luz; lo hago por mí, que no sé cómo me las compongo pa salir perdiendo siempre que hay cuestión á mi lao; lo cual que tengo las costillas hechas un mapamundi. Tú (A Ricardo.) la quieres. (A Séneca.) Tú también la quieres; ella sus pué querer á los dos porque el corazón de las mujeres es una especie de Delegación ú Comisaría e vigilancia en donde pué entrar to el mundo; pero no voy á eso; que diga ella por quién ozta.

PEP. ¡Qué voy á decir! Por sabido se calla. Ricardo es mi novio y lo será mientras él quiera; si alguna vez me deja, que no vuelva. Yo no he estudiao en libros, sino en cantares del pueblo, y tengo bien presente uno que

ahora mismo me está diciendo lo que debo hacer:

Cuando quise, no quisiste;
ahora que quieres, no quiero;
pasarás la vida triste,
que yo la pasé primero.

ALC. Yo sé otro que te lo voy á enseñar pa que hagas pares:

Me quisistes; me olvidastes;
me golvistes á querer;
zapato que yo me quito
no me lo güelvo á poner.

SÉN. ¿Luego tú no niegas que me has querido?

PEP. Como tampoco niego que ahora te aborrezco.

SÉN. (A Ricardo.) Y ese pasado, ¿no es una contrariedad para usté?

RIC. El buscar en las mujeres la virginidad moral es tarea de locos.

ALC. (Canturreando.)

Dicen los dotores,
los dotores dicen;
dicen los dotores,

(A Séneca.) que te pués retirar cuando seas gustante.

SÉN. Me resigno por ahora, Pepita; que seas muy feliz; que me olvides del todo, y que si no me olvidas, te resignes como yo, es decir... como yo no... que te resignes... Adiós, señores, adiós... (Mutis.)

ESCENA XI

DICHOS menos SÉNECA. Luego el CHICO de la taberna

ALC. ¡Pobre Senéca! ¡Si yo fuá mujer!

PEP. Déjelo. ¿Pa qué se queja de sed si tuvo el vaso en la mano y lo tiró cuando quiso?

RIC. Lo peor es si ahora se va á mi padre con el cuento de que estamos aquí.

ALC. ¿A tu padre? ¡Qué venga! ¡Qué me lo traigan! Tu padre es cosa mía.

CHICO Señor Alcuzo, que ahí fuera está la señá Nicanora.

ALC. ¡La Canora! Dale una paloma y que reviente.

PEP. Pobre mujer.

ALC. ¿Me la quiés comprar?

ISABEL Pal gato.

ALC. ¿Que haría yo, señorito Ricardo, pa librarme de ese censo?

RIC. ¿Quién es esa mujer?

ALC. Pa mí es algo asín como la taberna del Considerao: por cualisquiera parte que tire me la encuentro.

CHICO Señor Alcuzo, dice la señá Nicanora que no se va sin usté.

ALC. Dile que si se conforma con mi retrato.

RIC. Es guapa.

PEP. ¿Qué dices?

RIC. Déjame, tonto.

ALC. Según como las mires: por detrás el cerrillo e los Angéles; por delante la cuesta e los Ciegos. ¿Pa qué la quié usté?

RIC. Pa casarla con mi padre.

PEP. ¡Pobre hombre! A mí me parece un buen señor.

RIC. Ya me lo dirás algún día. Por de pronto creo que quiere llevarme á Santa Rita.

ALC. ¡Con los amarillos!

RIC. Eso es.

ALC. (A Pepita.) No lo consientas tú. De allí va á salir hecho un pavipollo incapaz de cantarse unos tientos en todo lo que le resta de vida y pa dir tirando de la carreta del mundo, ya se desengañarán los frailes alguna vez: hace falta mucho cante jondo y mucho vino. Ya lo oye usted, señorito Ricardo: aquí hace falta mucho vino.

RIC. ¡Vino! (Lo sirven.)

ALC. Y ahora por tientos pa encenderles la sangre á estas divinidades.

TODOS ¡Eso! ¡Eso!

ALC. Venga de ahí, señorito. (Da la guitarra á Ricardo.)

Música

ALC. Estoy pasando fatigas,
fatigas estoy pasando,
por no tener quien recoja
la sal que vas derramando.
Cógete la cola,
árzate el vestío
y luce las botas que ayer en el Rastro
te compró este tío.

CORO Cógete la cola, etc.

RIC. (Devuelve al Alcuzo la guitarra y canta y baila en primer término.)
Pa saber lo que es canela
me tienes que dar un beso...

ESCENA XII

DICHOS y DON SALUSTIANO que ha entrado sigilosamente hasta ponerse en jarras frente á Ricardo

Hablado

SAL. ¡Conque *pa saber lo que es canela,* ¿eh? ¡Ahora va usted á saber lo que es canela. ¿Tiene usted vergüenza?

ALC. Ya se le va quitando; pero los primeros días no había Dios que le hiciera marcarse dos posturitas.

SAL. ¡Cómo dos posturitas! ¿Qué es eso de dos posturitas? ¡Ustedes están dejados de la mano de Dios!

ALC. ¡Ya salió aquello! Ustedes son los que se equivocan. ¡Cuánto más divertidos estarían en los cielos cantándose esto mismito de
Estoy pasando fatigas,
fatigas estoy pasando!
que no ¡*Miserere mei deus*!

SAL. ¡Horror! ¡Un hijo mío en estos centros de corrupción! ¡A Santa Rita, á Santa Rita ahora mismo.

ALC. Miste, güen hombre, si me quié usted hacer caso, no lo yeve allí; en ese establecimiento

no hay ni siquiera una persona que se sepa hacer una falseta con sindéresis.

SAL. Pero... ¿En qué lenguaje me habla usted? ¡Esto es insoportable!

ALC. ¿Usted no sabe de música?

SAL. No, señor.

ALC. ¡Me lo había figurao! Y ¿cómo se atreve á presentarse delante de mí, analfabeto?

SAL. Usted perdone, señor académico.

ALC. Yo en este mundo lo he tocao to ú cuasi to, á los veinte años era fagot; á los treinta ya; contrabajo y de los cuarenta en adelante... clarinete.

SAL. De modo que ahora aquí...

RIC. Es clarinete.

SAL. (A Alcuzo.) Espéreme usted, que vuelvo. (A Ricardo.) Pero, ¡cómo te atreves á mezclarte con esta gente! ¡Quién me hubiera dicho á mí que un hijo mío!... Vamos. Vamos á Santa Rita. Allí te harán olvidar todas estas porquerías.

PEP. ¿Te vas?

SAL ¡Y lo tutean!

RIC. ¡Me llevan!

ALC. Usted puede hacer lo que quiera, porque como dice el refrán

contra un padre no hay razón
ó ámame porque te adoro;

pero ya verá usted cuando salga; esta pierdo á que ha olvidado todas mis güenas leciones.

SAL. ¡Qué horror! ¡Qué gente! Vamos, hijo mío, vamos. (A Alcuzo.) Vuelvo, señor mío, vuelvo. (Mutis Salustiano y Ricardo.)

ESCENA XIII

DICHOS menos DON SALUSTIANO y RICARDO. Pepita llora y sus amigas la rodean

PEP. ¡Pobre Ricardo!

ALC. Calla, espejito de tres lunas; mal escopeteao me vea si pa mañana no lo tenemos aquí otra vez.

PEP. Eso es muy difícil.

ALC. Bebe y calla. Tú has nacío el año antipasao como quien dice y estás inoranta de que en este mundo to se pué arreglar con unos tientos bien cantaos.

PEP. ¿Qué piensa usted hacer?

ALC. Mira. ¿Ves? (Saca un revólver.) Aquí llevo el Tribunal Supremo pa si fallan los tientos. Antes de que amanezca el señorito Ricardo tendrá los cinco Magistraos en el bolsillo. Conque, vusotros á dormir y lo emás á mi cargo.

PEP. Yo voy con usted.

ALC. Eso no, que pues comprometerme.

PEP. ¡Yo no le dejo!

ALC. Pues si te empeñas, aquí ties un brazo que entoavía no ha yevao denguna cesta; cuérgate d'el y si por un casual ves de venir á la Canora, te dejas coger por el trenvía, conque

estoy pasando fatigas,
fatigas estoy pasando...

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

El correccional de Santa Rita. En el fondo una galería con claustros; en último término un muro; á la izquierda una fragua y un yunque en donde trabajan los corrigendos; á la derecha, en primer término, un Fraile sentado en un sillón recita sobre música lo que indica el cantable.

ESCENA XIV

RICARDO, un FRAILE y CORO de CORRIGENDOS

Música

FRAILE (Leyendo.)
Construída ya el Arca salvadora,
dijo Dios á Noé:

«Mete de cada especie una pareja,
y cuídamela bien,
pues el que haya animales en el mundo,
es de gran interés.»
Cogió Noé dos bueyes, dos gallinas,
dos cabras, y así fué
cogiendo sólo un par de cada especie;
metióse después él...

RIC. (Interrumpiendo.)
Y yo á la historia añado, que de frailes
metió lo menos cien.

(El Fraile se exalta con la interrupción de Ricardo; pero al terminar éste de hacerla, acuden los Corrigendos con hierros enrojecidos y amenazándole le obligan á permanecer sentado.)

Ahora que tenemos,
sugeto al guardián,
una cancioncita
os voy á cantar;
pero en ese sitio,
colocaos dos,
y avisad si viene
por aquí el Rector.

(Colócanse dos en el foro izquierda, vigilando.)

A un cura conocí,
ladino y camastrón,
que de doncellas guapas,
hacía colección;
tenía dos morenas,
bocado celestial,
y tres rubias de esas,
que el verlas hace mal.

COR. 1.º }
COR. 2.º } ¡Ricardo! ¡Ricardo!
¡Que viene el Rector!

(Vuelven todos á la fragua y el Fraile, al verse libre, escapa.)

RIC. Cantemos ahora,
con mística unción.

TODOS Corazón santo,
tu reinarás;
tu nuestro encanto,
siempre serás.

COR. 1.º }
COR. 2.º } Sus pasos se pierden,
en el corredor.

TODOS — Sin duda se aleja;
sigue tu canción.

RIC. — Pero sacaron todas,
tan mala inclinación,
que el pueblo amotinado,
al cura acriminó.
¿Qué es eso? —le decían—
¿Qué educación les da,
para que su descoco
cunda por el lugar?

COR. 1.º — ¡Ricardo! ¡Ricardo!

COR. 2.º — ¡Que viene el Rector!

TODOS — Cantemos ahora,
con mística unción.

(Ricardo, en primer término, con el revólver en la mano.)

Corazón santo, etc.

COR. 1.º / COR. 2.º — Sus pasos se pierden, etc.

RIC. — Y el cura sonriente
al pueblo contestó:
A mí, no me hagais cargos.
¡Qué culpa tengo yo!
¿Qué estaban inocentes?
¿Que yo las enseñé?...
Yo enseño al que no sabe,
y cumplo mi deber.

CORO — ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Qué bonita!
¡Canta! ¡Cántala otra vez!
¡Un tanguito! ¡Venga un tango!
¡Yo sé que lo bailas bien!

RIC. — Vaya, pues, el tango,
pero vigilad.

CORO — Pase lo que pase,
puedes comenzar.

RIC. — Ya verás cuando venga el bebé,
que te tengo encargao á París;
ya verás como trae tu boquita,
redonda y chiquita,
ya verás cómo trae tu nariz.

CORO — Ya verás cuando venga el bebé, etc.

(Bailan todos.)

ESCENA XV

DICHOS, el RECTOR y el FRAILE

(Al aparecer estos personajes cesa de pronto la algazazara y los corrigendos no aciertan á moverse.)

Hablado

P. REC Jesús, María y José.
RIC. ¡El Rector! ¡Se armó la gorda!
P. REC Salgan ustedes.
RIC. ¡Dios mío!
Cara va á estarme la broma.
P. REC. (A Ricardo.) Usted, quieto.
RIC. Me he caído.
P. REC. Vamos, baile usted ahora.
¿Por qué se para? ¿qué teme?
¡Cuidado que es fuerte cosa!
Entró usted en el convento,
hace aún contadas horas,
y me ha revuelto la casa,
de tal modo y en tal forma,
que ya no hay quien haga vida,
de los corrigendos. ¿Llora?
¡Si yo lo creí valiente!
¡Por qué poco se acongoja!
¡Vamos!... Siga usted bailando...
¡Si el buen humor y las bromas,
no estan mal, ni mucho menos,
y quién de bravo blasona,
no está bien que se acobarde,
por una cosa tan tonta.
RIC. Es... que... yo .. señor Rector...
FRAILE ¡Insolente! ¡Si la boca
abre usted...
P. REC. Hermano, calma;
déjeme á mí solo ahora.
¡Conque bailar de ese modo!
¡Conque hacer aquí esas cosas,
y contaminar á todos,

sus costumbres pecadoras!
¡Conque rebelarse! ¡Vamos!...
Jesucristo me socorra
y me tenga de su mano
que mi bilis se desborda
y no respondo...

RIC. Yo... padre...

P. REC. ¿Usted, pecador, ignora
que hoy aquí le han sometido
á mi dirección piadosa
para olvidar las costumbres
protervas, impías, réprobas,
en cuyo mar cenagoso
ya su destino zozobra?
¿Ignora que en esta casa
el espíritu se dobla,
la voluntad se retuerce,
se aniquila la persona,
el yo se hace mil pedazos,
la rebeldía se agota,
y cuando al mundo se vuelve
por Dios se sufre y se llora
sin alzar nunca los ojos
de la tierra, y al que azota
la mejilla se le ofrece
humildemente la otra,
y se aguantan vejaciones
deprimentes y enojosas,
y al dolor se le sonríe
y junto al placer se llora...

RIC. Padre, basta de sermones;
su consejo me encocora;
si yo sé que para eso,
para hacer que mi persona
se aniquile ó se destruya
y mi voluntad se rompa
y me vuelva mentecato
me arrastraban á esta fosa,
por Dios le juro que vivo
no estoy junto á usté á estas horas.
Quiero luchar y ser fuerte,
contestar siempre con otra
a la primer bofetada,
cuidar mucho mi persona

y robustecer mi yo,
y hacer todas esas cosas,
que según usted son *malas,*
protervas, impías, réprobas.
Quiero llorar ó reir
cuando la vida lo imponga.
Quiero ser siempre rebelde
y con mirada fosfosa
contemplar el firmamento,
y los hombres, y las cosas,
y no arrastrar por el suelo
esta luz abrasadora
que llevo aquí en mis pupilas
para incendiar lo que oponga
obstáculos á mi marcha
ó trabas á mi persona.
Mientras á mi débil cuerpo
lo torturan, lo agarrotan
estas férreas cadenas
de su *dirección piadosa,*
libre mi espíritu vaga,
entera mi mente flota
sobre este lago de farsas,
sobre este abismo de sombras.

P. Rec. ¡Miserable!

Ric. (Arrogante.) ¡No se mueva!

Fraile ¡Ved de Satanás la obra!

P. Rec. Llevádmelo á un calabozo.

Ric. (Sacando el revólver.)
¡Atrás! El que se me oponga
pone en peligro su vida.

P. Rec. ¡Santa Rita! ¡Mi patrona!
¡Devolvedle la razón
que perdió en su vida loca!

Ric. Mucho vale una razón,
pero, padre, usted no ignora
que con frecuencia un revólver
arregla mejor las cosas;
conque.. recuerdos á todos...
rezad... y poned la otra
cuando por *fas* ó por *nefas*
os propinen una torta. (Medio mutis.)

Fraile (Siguiéndole.)
¿A dónde va?

RIC. (Mostrando el revólver.) No ser tontos.
que llevo aquí mucha escolta. (Mutis.)
(Los dos frailes quedan mirándose de hito en hito y haciéndose cruces.)

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

La decoración del segundo

ESCENA XVI

ALCUZO, PEPITA, DON SALUSTIANO y CORO

Alcuzo y don Salustiano en primer término medio embriagados

Música

TODOS Cuando al mundo vinieron las penas
hubo un sabio que el vino inventó,
pues sabido es que llega el remedio
por fortuna a la vez que el dolor.
Venga vino, tabernero,
venga vino sin cesar,
vengá vino que si falta
yo me siento agonizar.
ALC. Esta vez el *hizno*
ha salido bien;
callaisus vusotros
y prencipie usté. (A don Salustiano.)
SAL. Señores senadores,
me embriaga la emoción;
yo nunca tuve tratos
con este peleón.
Y si sus señorías
me quieren escuchar,
tan solo dos preguntas
les voy á formular.
Para ser poderoso en España
¿cuál es hoy la mejor profesión?

ALC. ¿La mejor profesión? ¡La de yerno
con un suegro de poca aprensión.

MUJERES ¡Qué cosas más raras!
¿Quién no pierde el tino?

HOMBRES Yo en nada me meto
mientras haiga vino.

SAL. Dice el quinto de los mandamientos
que es terrible delito matar.

ALC. Pero en siendo con un automóvil
no es delito, ni falta ni na.

CORO ¡Qué cosas más raras! etc.

ESCENA XVII

DICHOS y SÉNECA

Hablado

SÉN ¡Pepita! Ya sabes lo que pasa; supongo que ti habrás echado tus cuentas.

PEP. ¿Qué cuentas?

SÉN Ricardo está como quien dice en la cárcel, es decir, peor. ¡Figúrate cómo va á salir de allí!

PEP. Eso no es cosa tuya, vete.

SÉN. ¿Que me vaya? ¿Por qué? Tú puedes mandar en tu corazón, pero en el mío... (Simulan discutir.)

ALC. (A don Salustiano.) Miste, don Salustiano, usté no se ofenderá porque yo le dé una leccioncita de tango.

SAL. ¡De ningún modo!

ALC. Porque aquí en España está la enseñanza mu abandoná, y resulta que se pué ser senaor y menistro, y hasta obispo si usté me apura, sin saber una palotá de estas cosas, ni distinguir unos *panaeros* de unas *marianas*; á ver: póngase usted aquí, enfrente de mi presona: ahora el pie derecho, ahora el dizquierdo.. rotación de la cintura... agitación del aire con las dos manos... (Don Salustiano hace lo que el Alcuzo le indica, y cuando está

en actitud de bailar tango entra Ricardo en escena y se coloca en jarras frente á su padre.)

SÉN. Que no me voy.
PEP. Ya lo veremos.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y RICARDO

SÉN. ¡Ricardo! ¿Manda usted algo, don Salustiano?
SAL. ¡No me interrumpas! (Mutis Séneca.)
RIC. ¡Muy bien, papá querido, tú tan santo,
tan moral y tan bueno,
te acuestas en el cieno
y entonas al placer lúbrico canto!
¡Tú, que «gente soez» á mis amigos
llamar osaste ha poco,
vienes aquí—vosotros sois testigos—
y bailas como un loco!
¡Tú, correcto, atildado,
religioso, prudente,
bailas alegremente
un tango tan soez, tan descocado!
¡Hoy te olvidaste de la vida eterna!
¡Hoy descuidaste tu sentir piadoso!
¡Viniste á la taberna
y tu hijo te sorprende haciendo el oso!
ALC. ¿Lo ve usté, cabayero?
¡Esto me lo tenía yo tragáo!
¿Dónde está aquel cañí tan sandunguero?
¡No es mi Ricardo, que me lo han cambiao!
SAL. Pero... ¿qué es lo que has hecho, desgraciado?
RIC. ¿Aun osa levantar su voz impía?
Estoy de ser su hijo avergonzado.
¡Vengan los cielos en ayuda mía!
¡No puedo soportar tamaña afrenta!
¡Me tiene anonadado tal ultraje!
ALC. Cuando te veo asín me da coraje.
¡Manolo! Dos botellas por mi cuenta
y basta de sermones. (A don Salustiano.)
Hágame usté una seña si me cuelo.

(A Ricardo.)
Tu padre canta ya más que el Mochuelo
y baila como dos ú tres peones;
él se bebe la osa;
pero hace mu güen vino;
conque dile una frase cariñosa
y güélvete con él al güen camino.

RIC. Venga, pues, un abrazo,
padre adorado,
yo me alegro de verte
ya transformado;
goza, de hoy más, de todos
nuestros placeres.
¡Cante, baile, alegría,
vino, mujeres!
Ven á gozar del tango
las excelencias;
respétanos á todos
nuestras creencias,
y en prueba de que vienes
al buen camino,
págate unas botellas
de rico vino.
En tanto, tú, Pepita,
¡venga alegría!
¡Da con tus movimientos
luz á esta orgía!

Música

RIC. (A Pepita, que baila.)
¡Viva tu garbo,
viva tu sal,
voy por los frailes
pa que te vean bailar!

CORO Para bailar un tanguito
de esos que encienden la sangre,
hay que tener mucha gracia,
hay que saber menearse,
hay que cogerse la falda
y entornar bien los ojillos,
hay que saber sonreirse
y entrecortar los suspiros

ALC. (A don Salustiano.)
Usté no ha visto
más perfeición.
¿No es mejor esto
que dir á la proseción?

RIC. ¡Ay, Alcuzo!
¡Cómo gozo!
Yo quisiera saber bailar.
¡Viva el tango
que me anima
y de vida me viene á llenar,
pues me causa un hormigueo
que no lo sentí jamás!...
¡Viva el tango,
que es un baile
que me causa gran desazón!
Pide vino,
mucho vino,
que en él quiero ahogar mi emoción.
¡Ay!
Cuando sepa bailar estas cosas
los dos juntos nos vamos á ir
hasta Francia, á correr una juerga
pa mover la cintura en París.

CORO ¡Viva el tango, etc. (Bailan todos.)

ALC. (Al público.)
JUERGA Y DOCTRINA te ofrezco;
pues oztar por lo que gustes;
pa juerga, soy todo tuyo;
pa doctrina, no me busques. (Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

COUPLETS PARA REPETIR

—¿Y qué ha sido de la barbería
que pensaba poner Salmerón?
—Pues... la puso; vaya si la puso
y por cierto que nos afeitó.

—

—A la puerta de cierta capilla
un borracho escribió con carbón:
—Aquí dentro se pide pa Cristo;
pero nunca se da ni pa Dios.

—

—Los conflictos del cierre y descanso,
¿sabes cómo se puén resolver?
—Pues poniendo almacenes de huevos
en tabernas, colmaos y cafés.

—

—No se ha vuelto á decir una jota
de la virgen que vino al Canal.
—¡Una virgen! En manos del clero
de seguro la tiene usté ya.

—

—A Lacierva le vi los calzones
y que no eran de cuadros noté.
—Para casa los gasta de rayas;
los de cuadros son los de... correr.

—

Es verdad que á don Maura pa Octubre
la boleta le tratan de dar.
—No sé nada, señor, de estas cosas;
pero creo que sí le darán.

Precio: UNA peseta